

Autobiografía, duelo y trauma. *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta

Autobiography, Grief, and Trauma.
Lo que no borró el desierto by
Diana López Zuleta

Andrea Noguera-Henao

Arizona State University, Estados Unidos

amnoguer@asu.edu

 <https://orcid.org/0009-0009-8931-0809>

Recomendaciones: Este artículo se basa en la disertación titulada “Duelo y trauma en autobiografía, memoria y autoficción colombiana: *Cómo maté a mi padre* de Sara Jaramillo Klinkert, *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta, y *Lo que no tiene nombre* y *El prestigio de la belleza de Piedad Bonnett*”, presentada en la Universidad Estatal de Arizona en 2025 bajo la dirección de Cynthia Tompkins. El contenido ha sido adaptado del capítulo IV *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta, con adiciones y omisiones respecto al original.

Cómo citar este artículo: Noguera-Henao, A. (2025). Autobiografía, duelo y trauma. *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta. *Estudios de Literatura Colombiana* 57, pp. 159-178.
<https://doi.org/10.17533/udea.elc.357853>

Editoras: Paula Andrea Marín Colorado
Vanessa Zuleta Quintero

Recibido: 20/07/2024
Aprobado: 26/12/2024
Publicado: 31/07/2025

Copyright: ©2025 *Estudios de Literatura Colombiana*. Derechos patrimoniales, Universidad de Antioquia, 2025. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internaciona



Autobiografía, duelo y trauma. *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta

Autobiography, Grief, and Trauma. *Lo que no borró el desierto* by Diana López Zuleta

Andrea Noguera-Henao, Arizona State University, Estados Unidos



Resumen:

Este texto explora en *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta la representación y construcción de la identidad en medio del dolor y el trauma mientras busca que se haga justicia. Se plantea que el texto autobiográfico es un medio para construir identidad y para transitar hacia un objetivo personal. Este artículo utiliza teorías sobre la autobiografía, el duelo y el trauma para analizar la representación narrativa de López Zuleta. Se concluye que esta narrativa autobiográfica es un testimonio de violencia y corrupción, entrelazado con una historia personal traumática donde la narradora se centra en valores de verdad y justicia. Fusiona memoria personal y fuentes documentales, en la que prevalece la verdad subjetiva. Además, actúa como un instrumento para procesar el trauma y el duelo, al facilitar la reconciliación personal.

Palabras clave: autobiografía; duelo; trauma; identidad; Diana López Zuleta.

Abstract:

This text explores the representation and construction of identity amidst pain and trauma in Diana López Zuleta's *Lo que no borró el desierto* while seeking justice. It posits that the autobiographical text serves to construct identity and pursue personal goals. This article employs theories on autobiography, grief, and trauma to analyze López Zuleta's narrative representation. It concludes that this autobiographical narrative is a testimony of violence and corruption, intertwined with a personal traumatic story where the narrator focuses on values of truth and justice. It merges personal memory and documentary sources, with subjective truth prevailing. Additionally, it acts to process trauma and grief, facilitating personal reconciliation.

Keywords: autobiography; grief; trauma; identity; Diana López Zuleta.

Presentación

Este artículo analiza la autobiografía *Lo que no borró el desierto* (2021), de Diana López Zuleta, centrándose en la representación del duelo y el trauma. Examina cómo la narradora desarrolla su identidad al relatar el asesinato de su padre y detalla el proceso de investigación personal y periodística que realizó para esclarecer la responsabilidad intelectual detrás del crimen. La obra no solo refleja su experiencia personal, sino también su búsqueda de justicia, destacando la interacción entre su identidad emergente y su labor investigativa. Para abordar estos temas, primero se sitúa la autobiografía dentro del marco teórico del género autobiográfico, lo que permite explorar cómo las autobiografías configuran la identidad y el relato personal. Luego, se analiza el texto desde las teorías del duelo y el trauma, proporcionando el contexto necesario para comprender cómo estos elementos se expresan en la narrativa. Estos enfoques teóricos ofrecen una visión integral del proceso mediante el cual la autora construye su identidad y procesa el dolor en su obra.

López Zuleta y su relato autobiográfico

La autobiografía en el contexto colombiano contemporáneo ha emergido como un medio para explorar y representar experiencias personales vinculadas a la violencia y el conflicto armado, al integrar elementos artísticos y testimoniales que enriquecen la narrativa, como lo analiza Tatiana Cuéllar Torres (2021) en su artículo “Memorias de un sueño: autobiografía visual de un pasado reciente en Colombia”. El género autobiográfico no solo reconstruye la memoria individual, sino que también aborda dimensiones colectivas y políticas a través de actos como la memoria, la acción política y la creación artística. Este enfoque interdisciplinario evidencia cómo el relato de vida puede vincularse con documentos institucionales y testimonios familiares, al ofrecer una perspectiva compleja

de la historia reciente del país (pp. 292-293). De manera similar, *Lo que no borró el desierto* de Diana López Zuleta se inscribe en esta tradición al combinar su experiencia personal de duelo y trauma con una crónica periodística que expone la corrupción y la violencia en Colombia. Así, su obra no solo da cuenta de una historia íntima, sino que también dialoga con las realidades sociales y políticas que han marcado al país, al reafirmar el papel de la autobiografía como un espacio de resistencia, memoria y justicia.

El dolor, aunque indeseable, puede ser una brújula que guía hacia un entendimiento más profundo del yo y hacia la justicia. En *Lo que no borró el desierto*, Diana López Zuleta transforma su duelo personal en una búsqueda de justicia en medio de la violencia y corrupción de Colombia. Nacida en 1987 en La Paz, Cesar, López Zuleta es periodista graduada de la Universidad del Norte y especializada en Opinión Pública y Mercadeo Político en la Universidad Javeriana. Ha colaborado con diversos medios y actualmente escribe para *El País*. En 2021, recibió el Premio Nacional de Periodismo CPB (Círculo de Periodistas de Bogotá) por su obra autobiográfica. *Lo que no borró el desierto* combina autobiografía y crónica investigativa, narrando la pérdida de su padre, asesinado en un contexto de violencia, y su lucha por esclarecer los hechos. Mezclando entrevistas, testimonios y análisis político, el libro denuncia estructuras corruptas y contextualiza el panorama judicial del Cesar y La Guajira. Aunque centrada en su experiencia, la obra trasciende lo personal e ilumina dinámicas sociales y políticas colectivas. Con este enfoque, López Zuleta convierte sus memorias en una herramienta de resistencia y reconstrucción social, al entrelazar lo personal con lo periodístico para abrir espacio a la memoria colectiva y denunciar las injusticias de su entorno.

López Zuleta relata cómo el asesinato de su padre y la violencia de su región impactaron profundamente su vida personal y familiar, transformando la escritura en una herramienta para procesar el duelo y el trauma. Criada en una familia numerosa en la región costeña colombiana, marcad a por el abandono estatal, el machismo y la cultura guajira, encontró en su madre y abuela figuras fundamentales de apoyo. Aunque no vivía con su padre, un político comprometido con obras sociales, mantenía con él una relación cercana y amorosa hasta su asesinato, perpetrado por Kiko Gómez, exaliado político y rival electoral, cuando ella tenía diez años. Esa misma semana perdió también a su abuela materna, lo que intensificó el trauma.

Tras graduarse del bachillerato, López Zuleta estudió periodismo, lo que le permitió investigar el asesinato del padre y denunciar la corrupción en su región de origen. Durante su carrera, entrevistó a Kiko Gómez,

quien había confesado haber ordenado el crimen para ocultar actos corruptos. La autora reunió testimonios que lo implicaban en múltiples delitos que la enfrentaron a un entorno dominado por el narcotráfico, la corrupción y los grupos armados. En su relato, contrasta los valores altruistas de su padre con los intereses corruptos de Gómez, incluyendo a figuras clave como periodistas aliados, su familia y las investigaciones que llevaron a la condena de Gómez. Además, reflexiona sobre su identidad y el impacto del duelo, y destaca cómo su lucha por la justicia la ayudó a superar el miedo y a encontrar agencia personal en medio de la adversidad.

Lo que no borró el desierto es una autobiografía que combina descripciones y narraciones con personajes de la vida pública, mencionados explícitamente por sus nombres. Como crónica de periodismo investigativo, incorpora testimonios de diversos sectores, incluyendo sociedad civil, grupos armados y periodistas, y se respalda en una investigación exhaustiva con fuentes oficiales. La autora utiliza materiales como fotografías, videos, diarios, cartas y objetos, así como textos legales y periodísticos, para reconstruir su pasado y guiar su búsqueda de la verdad tras el asesinato de su padre. La voz narrativa refleja un duelo prolongado y melancólico, marcado por el trauma de perder a dos seres queridos en una semana en un contexto de violencia política. El relato no solo busca documentar hechos, sino también transmitir su experiencia personal, al mostrar cómo López Zuleta se convierte en un símbolo de empoderamiento y liderazgo. A través de su narrativa, desafía estereotipos culturales y expone su complejidad como individuo, al utilizar la escritura como un medio para revelar la verdad y enfrentar la adversidad.

Reflexiones en torno al género literario

La narrativa autobiográfica es un género literario que, más allá de simplemente relatar eventos de la vida de un individuo, se convierte en un espacio donde convergen la interpretación y la construcción de la identidad a través del texto. Philippe Lejeune (1994) propone el concepto de autobiografía: “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y; en particular, en la historia de su personalidad” (p. 50) y del pacto autobiográfico que Lejeune (1989) define como un acuerdo implícito entre el autor

y el lector sobre la veracidad de los eventos narrados y la identidad del narrador como autor del texto (p. 3). Este pacto es esencial para entender cómo el texto autobiográfico establece una conexión íntima con sus lectores, quienes aceptan la versión que el autor presenta de su vida y de su identidad. El enfoque de Linda Hutcheon (1998) sobre la *metaficción historiográfica* permite analizar cómo las narrativas personales no solo registran algunos hechos, sino que también reflejan la interpretación y la percepción del narrador sobre su entorno: “Historiographic metafiction, like both historical fiction and narrative history, cannot avoid dealing with the problem of the status of their ‘facts’ and of the nature of their evidence, their documents” (p. 122). El académico Francisco Rodríguez (2000), en su artículo “El género autobiográfico y la construcción del sujeto auto-referencial” enfatiza que la autobiografía es una construcción compleja y multifacética que no solo se limita a narrar hechos pasados, sino que crea una nueva identidad a través de la escritura, influenciada por contextos culturales y retóricos. Además, destaca su valor como discurso literario, no solo como un documento cognoscitivo (pp. 9-22). Por su parte, la también académica Silva Carreras (2016), en su artículo “Literatura del yo: reflexiones teóricas perspectivas de autor en el género autobiográfico”, propone que la identidad autobiográfica es una construcción dinámica, influenciada por la representación y la interpretación que el autor hace de sí mismo (pp. 153-156).

La narrativa autobiográfica de López Zuleta cumple con el pacto autobiográfico propuesto por Lejeune (1989), pues, desde el inicio del relato, López Zuleta se define y refuerza su identidad como periodista al mencionar explícitamente su nombre completo y el vínculo con su padre asesinado (pp. 11-15). El pacto autobiográfico se refleja en el estilo periodístico del texto, informativo, crítico y directo, con abundante contexto histórico, político, geográfico y cultural, respaldado por detalles precisos como nombres y fechas, y ocasionalmente complementado con notas al pie. De modo que este pacto autobiográfico es también reforzado con su identidad como periodista y en su compromiso con la búsqueda de la verdad y la justicia, lo que da forma a la estructura y contenido de su texto. A lo largo de este, la narradora muestra su pasión por la lectura, siendo una ávida consumidora de revistas, diarios importantes y redes sociales. Desde temprana edad, demostró interés en el periodismo y se propuso descubrir la verdad sobre la muerte de su padre para compartirla con el mundo “le dije que quería escribir una crónica [...] Para ella todo tenía un sentido, incluso el oficio que cada cual había elegido. Las profesiones y los oficios son la solución de nuestros conflictos. Por eso te volviste periodista, por la necesidad de reconstruir la historia de tu papá,

me explicó” (p. 284). Así, esta autobiografía relata los eventos con el enfoque subjetivo de la narradora. López Zuleta hace su relato personal a partir de la narración del evento del asesinato de su padre. Este enfoque se alinea con la perspectiva de Rodríguez (2000), quien sostiene que el género autobiográfico se sitúa entre la realidad, la ficción y la enunciación. Rodríguez (2000) enfatiza que los escritores no simplemente registran hechos objetivos, sino que construyen narrativas que reflejan tanto la experiencia personal como la creación literaria del yo autobiográfico (p. 22). De hecho, la narradora específica dentro del mismo texto en cuestión que su elección de ser periodista está ligada a su deseo de reconstruir la historia de su padre y buscar la verdad: “Cuando me contaste lo que pasó con tu papá, entendí lo que pasaba. Siempre hablabas de la intención de contar la historia y conocer la verdad de lo que paso” (p. 134). La frontera entre su rol como reportera y su necesidad personal de comprender y contar su propia historia se entrelazan, de manera que su identidad como escritora y su experiencia vivida se combinan en una narrativa en constante construcción. Es por ello por lo que esta crónica investigativa es un espacio en donde los eventos documentados en otros textos se mezclan con la representación subjetiva y emotiva de las experiencias de la narradora.

Además, la autobiografía de López Zuleta también revela diferentes ideologías políticas y su crítica personal hacia la violencia y la corrupción que ha presenciado. La narradora muestra una actitud autorreflexiva y crítica; aunque no expresa explícitamente sus posturas políticas, sí se identifica claramente con valores como la libertad de expresión, la igualdad ante la ley y los derechos civiles para toda la sociedad. Además, es explícita al mencionar posturas políticas definidas de otros miembros de su familia. Por ejemplo, en su hogar existen ideologías políticas conservadoras y liberales en conflicto: “Mi papá era liberal, aunque mi abuelo fue conservador, en una época en que se nacía afiliado a uno u otro partido” (p. 21); “Mi abuelo era un hombre tranquilo, noble y circunspecto. Se sentaba en el corredor a leer libros de Álvaro Gómez Hurtado, el líder conservador” (p. 110). Esta diferencia generaba tensiones dentro de su hogar, con su padre identificado como liberal y su abuelo como conservador.

De esta manera, López Zuleta muestra cómo los eventos que ha vivido en su entorno político y social han moldeado su compromiso personal con la justicia y la acción contra la impunidad: “No me resignaba a la impunidad. Desde antes de empezar mi carrera de periodista sentía que debía hacer algo” (p. 12). La narradora, desde una postura crítica, rechaza la violencia y corrupción que ha experimentado, y se opone a la impunidad,

cuestionando la brutalidad de los crímenes motivados por diferencias políticas o ideológicas: “No podía entender, y entonces ni siquiera lo pensaba, que a la gente la pudieran matar por sus convicciones políticas. Todavía hoy continúo sin entender cómo la diferencia de pensamiento o de actitud puede ser motivo de un crimen atroz” (p. 56).

Esta autorreflexión y crítica de la autora sobre su versión del contexto político en su autobiografía se vinculan estrechamente con los conceptos expuestos en el texto sobre la *metaficción historiográfica* de Hutcheon (1998) y la construcción del conocimiento histórico. Ambas situaciones destacan cómo las narrativas, ya sean históricas o autobiográficas, están influenciadas por la perspectiva y los valores del narrador. Esta introspección y crítica en la autobiografía, particularmente en relación con el contexto político, ilustran cómo las narrativas personales y las históricas enfrentan el desafío común de la subjetividad, la interpretación y la evolución de la perspectiva a lo largo del tiempo. En palabras de Hutcheon (1998): “Facts are not given but are constructed by the kinds of questions we ask of events” (p. 123), lo que subraya la naturaleza construida y subjetiva de toda narración histórica o autobiográfica. De esta manera, López Zuleta entrelaza lo personal y lo político, al revelar su compromiso con la justicia y la verdad, tanto en su carrera periodística como en el hecho de compartir la historia íntima del asesinato de su padre. Entonces, el texto autobiográfico de López Zuleta destaca cómo las autobiografías son configuradas por la subjetividad del narrador y sus valores personales e ilustran, además, cómo el autor crea una imagen de sí.

La narradora, en su proceso de creación de imagen personal, también se describe físicamente, incluso en lo relativo a su salud: “Yo iba vestida con un pantalón blanco, sandalias de tacones y una blusa negra de arandelas que se ajustaba con un cinturón adornado de piedras transparentes. Tenía suelto el cabello negro” (p. 11); “Yo tenía seis años, el cuerpo menudo, las manos largas y flacas y los ojos grandes, como los de mi papá” (p. 17); “Desde recién nacida ya muchos advertían el parecido con mi padre. El mismo tipo de sangre, B positivo, los ojos redondos, negros y protuberantes” (p. 32); “nací con una malformación en la uretra” (p. 41); “Yo llevaba una blusa gris de manga larga y cuello alto, una gabardina y unas botas negras” (p. 187); “en la cirugía me ‘corrigieron’ la nariz y me cortaron la úvula. Debido al desvío del tabique y el agrandamiento de los cornetes me costaba respirar” (p. 190). Las conexiones de su apariencia física con la de su padre, las dificultades de salud y las interacciones con su entorno ayudan a construir una imagen de sí misma como una persona frágil físicamente pero resiliente. Sin embargo, Gusdorf (1991), en su artículo “Condiciones y límites de la autobiografía” afirma que en la

autobiografía, cada individuo tiende a concebir que el sujeto de su relato es su propio yo del pasado, lo que explica la insistencia en la precisión, la comprobación de los hechos y la elaboración de una narrativa cronológica (p. 239). Pero Gusdorf (1991) también aclara que, si bien la exactitud y la verificación son esenciales para la credibilidad de la autobiografía, es la significación y la interpretación lo que realmente da profundidad al relato autobiográfico y hace que la historia del autor sea relevante tanto para él como para el lector (p. 241). Así, la narradora no solo presenta una imagen casi precisa de sí, sino que también otorga un sentido y un significado que reflejan su comprensión y percepción actuales, al mostrar aspectos de su subjetividad en relación con su aspecto físico, con lo que enriquece la construcción de su identidad.

A lo largo del texto, la identidad de López Zuleta evoluciona significativamente, un cambio reflejado incluso en sus elecciones de vestuario. Antes de la muerte de su padre, solía vestir con colores alegres, mostrando una personalidad jovial y despreocupada. Tras el asesinato, adopta el negro como símbolo de duelo. Sin embargo, con el paso del tiempo y los desafíos emocionales y personales —como el juicio y su deseo de escribir una crónica— su terapeuta le sugiere dejar de vestir de negro para comenzar a encauzar su vida. Este cambio en su apariencia simboliza su proceso de transformación y resiliencia frente al trauma: “Me preguntó qué quería y le dije que quería escribir una crónica. Ella me animó. Pero antes tienes que salir del negro. Llena tu vida de color. El lunes viste de amarillo” (pp. 283-284). Esta decisión simboliza su disposición para liberarse de la tristeza y el dolor, mientras avanza hacia la consecución de sus metas personales. Así, el cambio en la forma de vestir de López Zuleta ilustra cómo el proceso de autorreflexión y autoexpresión en la escritura autobiográfica puede propiciar una transformación en la identidad de uno mismo. Esto se alinea con la perspectiva del crítico Manuel Alberca (2013), quien explica que “la identidad del autor no debemos entenderla como sustancia o esencia, sino como su representación o figura [...] en la cual se percibe la correspondencia referencial entre el plano del enunciado y de la enunciación, entre el protagonista y su autor, como resultado siempre de una transfiguración literaria” (p. 89). Esto demuestra la naturaleza dinámica y transformadora de la identidad en el contexto autobiográfico, al subrayar que la escritura actúa como un medio para la autoexploración y la reconfiguración identitaria.

Según Carreras (2016), en cuanto a la representación del yo, el sujeto autobiográfico se construye a través de la impostura y la representación, es decir, que su identidad no es fija ni completamente auténtica, sino una construcción en constante cambio basada en la representación que

hace de sí y cómo se muestra a los demás y ante sí mismo (p. 156). Esta idea refuerza la noción de que la identidad autobiográfica es un proceso dinámico y en evolución, moldeado por la narrativa y la interpretación personal del autor. Al igual que López Zuleta transforma su identidad a través de la escritura y los cambios externos como su vestimenta, la autobiografía en sí se convierte en un espacio donde el yo se reinventa, se presenta continuamente y refleja tanto la subjetividad del autor como las múltiples facetas de su identidad a lo largo del tiempo.

La narradora revela su dimensión mental e intelectual a través de sus gustos e intereses, su capacidad crítica y sus rasgos de pensamiento mágico, al construir una imagen compleja y multifacética de sí misma: “Ensayábamos la melodía del feliz cumpleaños y la canción *Cuando escuches este vals*. Esta última parecía un presagio” (p. 63). Sus gustos e intereses la impulsan a convertirse en una periodista profesional, mientras su pensamiento crítico le permite examinar de manera lúcida las incoherencias de una comunidad que venera a su propio verdugo: “Un verdugo pavoneándose en el velorio del muerto que acababa de mandar matar” (p. 90). Estas trazas de pensamiento mágico aunadas a la capacidad crítica se alinean con la idea de Sidonie Smith y Julia Watson (2010) expuestas en su trabajo *Reading autobiography* de que la autobiografía no se limita a narrar un evento, sino que busca representar la complejidad del yo a través de la experiencia personal (pp. 1-2), lo que permite a la narradora analizar y reflexionar sobre su entorno y sus experiencias. En conjunto, estas facetas muestran cómo esta autora no solo narra eventos de su vida, sino que también los interpreta y les da significado, con lo cual refleja o construye una identidad no estereotipada.

Esa versión no estereotipada de la narradora-personaje transmite veracidad y, por lo tanto, credibilidad. De manera similar, en *Lo que no borró el desierto* la autora recurre a fuentes diversas para reconstruir sus recuerdos. Esta variedad de fuentes no solo da forma a las descripciones y eventos presentados, sino que también refuerza la credibilidad del texto. La combinación de memoria personal y fuentes documentales en la autobiografía de López Zuleta crea una apariencia de veracidad y objetividad, lo que influye en la percepción de autenticidad del relato. La narradora utiliza imágenes, objetos y lugares como desencadenantes de recuerdos, con lo que aporta autenticidad a su narrativa: “No solo volví a ver el video una y otra vez, sino que recorrió las calles por donde anduve mi papá en Barrancas en los momentos previos de su muerte” (p. 93). Sin embargo, reconoce la confusión en ciertos recuerdos: “A veces, sin estar consciente, de repente me sorprendo buscando a mi papá entre los transeúntes” (p. 368). Esta mezcla de precisión e invención en los recuerdos

puede cuestionar la credibilidad de algunos eventos, pero fortalece la percepción de honestidad de la narradora. En su artículo de 2017, “Entre la realidad y la ficción: La verosimilitud de Adán Buenosayres”, la filóloga y crítica Ana Davis González analiza cómo la relación entre forma y contenido determina la credibilidad del texto (p. 17). En el caso de la narradora de *Lo que o borró el desierto*, su crónica explora una verdad subjetiva: aunque los detalles precisos no garantizan objetividad, las sensaciones que provocan en la protagonista son lo que perdura. Así lo expresa la narradora: “No recuerdo a quién mataron, pero sí esa sensación de pavor” (p. 52).

Este texto autobiográfico refleja tanto la identidad individual de la autora como su contexto cultural. El uso del lenguaje para narrar y dar sentido a sus experiencias está influenciado por las normas y valores de su entorno, lo que permite al lector comprender cómo estos moldean su percepción de sí misma y del mundo. De este modo, su autobiografía se presenta como un testimonio personal y cultural que muestra cómo el lenguaje y la cultura influyen en la construcción y expresión de la identidad. A este respecto, el crítico Roland Barthes, en el capítulo “La muerte del autor” de su libro *El susurro del lenguaje* (1994), afirma que “un texto no está constituido por una fila de palabras, de las que se desprende un único sentido, teológico, en cierto modo (pues sería el mensaje del Autor-Dios), sino por un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura” (Barthes, 1994, p. 69). Esta narración autobiográfica es un producto del lenguaje y la cultura. Por una parte, la mezcla de autobiografía y crónica investigativa refleja el enfoque periodístico y la conexión con los valores sociales que la narradora considera importantes. Por otra parte, la narrativa, iniciada *in media res* con el enfrentamiento al asesino de su padre, no solo destaca eventos significativos en su vida personal, sino que también sirve como un prototipo de experiencias compartidas por aquellos que han perdido a un ser querido debido a la violencia. La elección de entrelazar su historia con la de los demás demuestra su preocupación por presentarse a sí misma en un contexto más amplio, al revelar la influencia del lenguaje y la cultura en la forma en que construye y comparte su relato.

Además de su habilidad para entrelazar su historia personal con temas sociales, la autora demuestra en su escritura autobiográfica la destreza periodística. Como periodista, se distingue por su objetividad al comunicar ideas complejas con un lenguaje escueto y directo, característico

de su profesión. Aunque el texto incluye excepciones con toques artísticos, prevalece un estilo periodístico. Su vocabulario es accesible y bien estructurado, ocasionalmente, explicativo con el lector: “Todo ciudadano que considere que se le esté violando su derecho a la libertad, ya sea porque se haya rebasado el plazo legal para que inicie su juicio, se hayan vencido los términos procesales, o bien se esté vulnerando cualquiera de sus garantías, puede interponer la acción constitucional *Habeas Corpus*” (p. 291). Esto muestra cómo el contexto cultural y legal influye en la forma en que ella aborda y narra su historia. Así queda demostrado que este texto autobiográfico, reflejo del lenguaje y la cultura en la que está inmersa la narradora, muestra su identidad y experiencias personales a través del prisma de su profesión periodística y su contexto social y legal en Colombia, desde la perspectiva de Barthes (1994), sobre cómo la autobiografía no solo representa la vida directamente, sino que es una construcción compuesta por múltiples objetos y relaciones a los que finalmente es el lector quien les da sentido:

Un texto está formado por escrituras múltiples, procedentes de varias culturas y que, unas con otras, establecen un diálogo, una parodia, una contestación; pero existe un lugar en el que se recoge toda esa multiplicidad, y ese lugar no es el autor, como hasta hoy se ha dicho, sino el lector; el lector es el espacio mismo en que se inscriben, sin que se pierda ni una, todas las citas que constituyen una escritura; la unidad del texto no está en su origen, sino en su destino, pero este destino ya no puede seguir siendo personal: el lector es un hombre sin historia, sin biografía, sin psicología; él es tan solo ese alguien que mantiene reunidas en un mismo campo todas las huellas que constituyen el escrito (p. 71).

Lo que no borró del desierto, al integrar elementos periodísticos y múltiples perspectivas, refleja una concepción moderna de la escritura. Más que una narración personal estática, su autobiografía es una construcción dinámica que se desarrolla en el proceso de escritura, al incorporar diversas voces y puntos de vista. Con un estilo periodístico que incluye explicaciones legales, médicas y referencias a fuentes oficiales, refuerza su enfoque de objetividad y claridad. Esta escritura performativa trasciende la mera narración de su vida, para convertirse en un medio para buscar verdad y justicia por la muerte de su padre. Así, su historia, estructurada por múltiples perspectivas, encuentra su significado final en la interpretación subjetiva del lector. De hecho, el crítico literario Paul de Man, en su artículo de 1991 “La autobiografía como desfiguración”, argumenta que el escrito autobiográfico refleja un ansia “de escapar a las

coerciones impuestas por el sistema” (p. 114). En lugar de conformarse con una narración tradicional y lineal de su vida, López Zuleta construye su autobiografía de una manera compleja. Al mezclar diferentes estilos y enfoques, y múltiples personajes de sectores muy amplios del conglomerado social en Colombia, la autora demuestra una huida de las restricciones típicas de este género literario. Esta autora presenta una obra que va más allá de la representación de sí misma, al abordar cuestiones sociales y culturales más amplias en el proceso. De esta manera, la autora utiliza el lenguaje —amplio, preciso, directo— como herramienta para dar forma y significado a su historia personal aunada a un amplio contexto cultural y político. A su vez, esta construcción lingüística crea una imagen y una versión de sí misma enfocada en valores personales de verdad y de justicia.

Reflexiones en torno al duelo y trauma

El análisis del duelo y el trauma en *Lo que no borró el desierto* se fundamenta en algunos conceptos de trauma y duelo de la American Psychological Association (APA), así como en los teóricos Therese Rando, John Bowlby, Elizabeth Jelin y el académico Alfonso Miguel García Hernández. La integración de estos enfoques permite una comprensión más profunda del texto de López Zuleta. La APA (2024) define el trauma como una respuesta emocional a un evento terriblemente negativo como un accidente, una violación o un desastre natural. Las experiencias traumáticas pueden generar una serie de síntomas físicos y emocionales, incluyendo ansiedad, depresión y trastorno de estrés postraumático. La psicóloga clínica Therese Rando, junto con Laurie A. Pearlman, Camille B. Wortman, Catherine A. Feuer y Christine H. Farber, en su obra de 2014 *Treating Traumatic Bereavement: A Practitioner's Guide*, aborda el duelo traumático como una respuesta compleja a la pérdida que incluye síntomas de estrés postraumático. Rando (2014) destaca la importancia de entender el duelo traumático no solo como una reacción emocional, sino también como un proceso que afecta profundamente la identidad y la vida cotidiana de las personas. El psicoanalista y teórico John Bowlby, en su obra de 2019 *Trauma and Loss*, se centra en la teoría del apego y cómo una figura de apego es determinante cuando el doliente sobrelleva un proceso de pérdida. Bowlby (2019) sugiere que el trauma de la pérdida puede

afectar el desarrollo emocional y psicológico de una persona de manera significativa. La socióloga e investigadora social Elizabeth Jelin (2002), en *Los trabajos de la memoria*, explora cómo las sociedades recuerdan y procesan experiencias traumáticas colectivas. Jelin (2002) argumenta que la memoria colectiva juega un papel crucial en la construcción de la identidad y la resistencia comunitaria. Este enfoque permite analizar cómo la memoria y el recuerdo de traumas pasados afectan a los individuos y sus comunidades. En su libro *La pérdida y el duelo. Una experiencia compartida*, Alfonso Miguel García Hernández (2012) explora la experiencia del duelo como un proceso compartido que afecta tanto a individuos como a comunidades. García Hernández (2012) subraya que el duelo no es un proceso lineal y que cada individuo lo experimenta de manera única. La combinación de estas perspectivas teóricas permite apreciar la experiencia de un duelo traumático narrado en *Lo que no borró el desierto*, así como el impacto de este en la construcción de la identidad.

Debido a que López Zuleta confrontó una tragedia súbita en su infancia, experimentó un trauma que dejó una marca profunda en su identidad. La repentina muerte de su padre la sumió en un estado de *shock* y profunda aflicción, manifestado en momentos de estupefacción y tensión emocional. A lo largo de los años, el impacto psicológico persistió, y reveló una lucha continua por comprender y aceptar la pérdida irreparable:

“Quedé estupefacta, me había topado con otra parte desconocida pero abyecta de la historia [...]. Mi cuerpo se puso igual de rígido que cuando supe la noticia de que mi papá había muerto en la clínica Valledupar. Tenía la voz rota, los músculos tensos de la cara. Atribulada, intentaba continuar con la entrevista” (pp. 280-281).

A los seis días de la muerte de su padre, recibe la noticia de la muerte de su abuela paterna, lo que desencadena otra reacción de dolor: “La escena era espantosa: se oía el lamento incesante de mi abuela Gala, el murmullo de la gente agolpada en la sala alrededor del ataúd, el eco de la voz de mi papá que se quebró para siempre” (p. 83). Las noticias devastadoras de las dos muertes de sus seres queridos llevaron a López Zuleta a un estado de confusión e incertidumbre: “Salí corriendo a la calle, presa del desespero, confundida, alterada, con una nube húmeda y gris sobre los ojos” (p. 100). La narradora argumenta que la muerte de su padre la dejó inmersa en la tristeza y que quebrantó la confianza en sí misma: “Cuando supe que mi padre había muerto, me sumí en un profundo silencio. Hasta

mis entrañas estaban siendo quebrantadas por esa misma bala que acabó con mi infancia. Esa bala también quebró la confianza en mí misma. Esa misma bala me convirtió en una niña insegura y huidiza” (p. 80).

Las secuelas de este evento intempestivo y doloroso, por ende traumático, la llevaron a experimentar miedo, melancolía, depresión, insomnio, trastornos del sueño, ansiedad y estrés. También pensamientos autodestructivos, descuido personal, alucinaciones y percepciones alteradas, así como un comportamiento mayormente introspectivo y solitario, abrumada por la soledad hasta muchos años después: “Después del testimonio me sentía sola. Tenía miedo. Tanta presión me agobiaba”

(p. 245). Aparecen luego también somatización de emociones y malestares físicos tales como náuseas, desmayos, deficiencia cardíaca y anorexia. A pesar de ello, la narradora muestra valentía al buscar de manera constante tanto ayuda terapéutica como que se haga justicia. Aunque el duelo y la melancolía persistían, ella encontraba momentos de desahogo, consuelo y superación personal.

García Hernández (2012), en sus investigaciones, destaca cómo la muerte súbita, sin un duelo anticipado, afecta a los dolientes en diversas dimensiones. Además, según

Así, su obra no solo da cuenta de una historia íntima, sino que también dialoga con las realidades sociales y políticas que han marcado al país, al reafirmar el papel de la autobiografía como un espacio de resistencia, memoria y justicia.

García Hernández (2012), la muerte inesperada también puede provocar sentimientos de pérdida de control y confianza en el mundo. La ausencia del ser querido y la forma en que se produjo la muerte son factores situacionales que afectan el proceso de duelo, mientras que la serenidad y la capacidad de iniciativa son factores personales que influyen en la recuperación (pp. 64-66); sin embargo, el ambiente de violencia social que rodeaba a la autora no le permitió asumir la muerte de su padre con serenidad.

Rando et al. (2014), en su obra *Treating Traumatic Bereavement*, define la muerte como traumática cuando es inesperada y abrupta, pues estas situaciones pueden desencadenar un duelo complicado con síntomas prolongados y diversos impactos psicológicos. Estos impactos varían dependiendo de las circunstancias y características personales del sobreviviente, tales como el género, el estilo de apego, las creencias religiosas y la personalidad (pp. 1-36). Sin duda, la muerte repentina y traumática del padre de López Zuleta ha sumido a la narradora en un constante dolor y trauma. La pérdida repentina y sin preparación de su padre durante la infancia dejó una huella indeleble. Factores como la prematuridad, el

contexto de violencia asociado y la percepción de una muerte evitable acentuaron la naturaleza traumática de su duelo. La autora se muestra consciente de la trascendencia de su silencio en respuesta al evento traumático y la falta de completar el duelo: “El recuerdo de la última vez que lo vi me carcome todavía, como una herida que no se ha acabado de cerrar” (p. 87). De hecho, los recuerdos la persiguen constantemente impidiéndole expresar su dolor de manera liberadora. Durante años, López Zuleta es casi incapaz de concentrarse plenamente en el presente. El miedo y el deseo de justicia la llevaban a reavivar constantemente la escena de la muerte de su padre: “Mi mente vagaba entre el sobresalto y el deseo de justicia. El miedo hacía que reviviera la escena de la muerte. El timbre del teléfono. El velorio. El ataúd. Las coronas fúnebres. El llanto desaforado. La ropa negra” (p. 219). Estas emociones y sentimientos, propios del duelo, han acompañado a la narradora desde los diez años hasta pasados los treinta, edad en la que escribe su relato.

Según García Hernández (2012), el duelo normal puede manifestarse con síntomas depresivos moderados que no interfieren significativamente con el funcionamiento diario (p. 35), pero, en el caso de López Zuleta, esto no ocurre. Ella se encuentra inmersa en un trauma no resuelto. Según la definición proporcionada por la American Psychological Association Dictionary (2024), “any disturbing experience that results in significant fear, helplessness, dissociation, confusion, or other disruptive feelings intense enough to have a long-lasting negative effect on a person’s attitudes, behavior, and other aspects of functioning” (párr. 1). La autora narra todos esos síntomas en su relato. La incapacidad de superar la pérdida de su padre ha moldeado su perspectiva del mundo, generando lo que ella misma define como “esa sensación de miedo constante” (p. 51).

Con el fin de iniciar un proceso de curación y progreso, la autora se ve en la necesidad de afrontar de manera directa tanto el duelo como el trauma. Este camino hacia la recuperación implica reconstruir, desde su curso de básica primaria en la escuela, su bienestar emocional y liberarse de la carga de culpa que la ha atormentado: “Aquellas sesiones de terapia me sirvieron, así como los cariños y el aliento de Amalfi Galindo, la directora de nuestro curso” (p. 103). La narradora experimenta una serie de efectos psicológicos debido a la pérdida traumática de su padre y abuela. Estos efectos resaltan la importancia del apoyo emocional en el proceso de duelo. Bowlby (2019) enfatizó en el apego con una figura de confianza que los niños necesitan para superar la pérdida de un ser querido. Así, la autora manifiesta la influencia positiva que tuvo en su infancia su profesora afectuosa para superar las pérdidas traumáticas en su vida.

Para iniciar un proceso de restablecimiento y progreso, la narradora debe enfrentar directamente el duelo y el trauma. Sin embargo, a pesar de contar con ayuda terapéutica y con el respaldo afectivo de su familia y un entorno propicio para la expresión emocional, la persistencia de un duelo prolongado y traumático en el caso de la narradora resalta la complejidad de las reacciones individuales al duelo. Según los estudios de Bowlby (2019), “not all individuals who are exposed to situations of loss in the early years develop disturbed personalities, and those that do so suffer disturbance of very varying form and degree” (p. 88). Esta variabilidad en las reacciones puede depender de numerosos factores, como las circunstancias inmediatas de la pérdida, la presencia de figuras sustitutas y cómo se manejan los sentimientos del niño durante y después de la separación. En el caso de la narradora, aunque recibió un apoyo emocional significativo, su experiencia de duelo y trauma prolongado podría estar influenciada por múltiples variables. Entre estas, se encuentran el ambiente de violencia que rodeó el trágico evento y el hecho de que fuera su padre, una figura de apego y fuente de seguridad, quien falleciera, y con quien, de hecho, ya no podía contar para transitar por este difícil momento.

A pesar del duelo complicado y el trauma que el evento produjo en la autora, la narradora evidencia una notable compasión y capacidad para perdonar al asesino intelectual de su padre: “Todavía hoy me parece que su tono de voz y sus modales eran amables, tal vez caballerosos” (p. 15). A este respecto, Jelin (2002) argumenta que solo con el paso del tiempo esto es posible, y que cuando se abre el diálogo, se comienza a dar sentido, y se produce un acto narrativo del que nace una nueva verdad (p. 84). También es de notar cómo en medio de dificultades emocionales la narradora demuestra habilidades positivas en términos de empatía y perdón: “Estando frente a frente, otra vez, decidí que si él confesaba toda la verdad sobre el asesinato de mi papá lo iba a perdonar y no buscaría que iniciaran un proceso penal en su contra. Era algo que había meditado antes. Para mí lo más importante era saber la verdad” (pp. 348-349). De acuerdo con las explicaciones de Jelin (2002), enfrentar y entender el pasado ayuda a construir un futuro mejor. Cuando aclaramos lo que ocurrió antes, castigamos a quienes hicieron daño y reconocemos a las víctimas, iniciamos un proceso de memoria y justicia que afecta tanto a las instituciones como a la sociedad en general y a nivel personal (p. 138). Dicha manifestación de la disposición de la narradora para perdonar, en lugar de exigir justicia penal, ilustra un proceso narrativo que le ha permitido reconciliarse con el pasado y construir un futuro más claro; su relato en sí es una búsqueda de justicia.

De hecho es algo es muy significativo que revela el texto, teniendo en cuenta el significado que para la narradora ha tenido de principio a fin la búsqueda de justicia, pues el proceso de duelo en el que la narradora se encuentra inmersa en su relato se conecta con la perspectiva de García Hernández (2012) de que nuestro amor por el fallecido nunca se pierde, este persiste en el duelo, y superarlo implica una sustitución metafórica de la persona perdida (pp. 138-140). En esta narrativa la búsqueda de la verdad y la justicia se convierten en una forma de mantener viva la memoria y el legado de su padre, al servir como una sustitución simbólica de su presencia en su vida. Según García Hernández (2012):

Muchos objetos se comportan a modo de ‘repertorios’, como un conjunto de cosas que trascienden su valor, convirtiéndose en obras de arte y devoción, [...] pues reinciden en el mismo hecho: el ser querido fallecido, su presencia y su memoria (pp. 140-141).

En el caso de López Zuleta, su búsqueda de justicia y confrontación con Kiko Gómez refleja su necesidad de compensar la pérdida y sanar su dolor emocional. Así como los dolientes preservan la memoria del fallecido mediante objetos personales, López Zuleta encuentra en la justicia una forma de reemplazar la ausencia de su padre y construir un legado que le ayude a superar el duelo. La lucha contra la impunidad y su disposición al perdón se convierten en pilares clave para su recuperación, al permitirle mantener vivo el recuerdo y el impacto del padre en su vida.

Comentarios finales

La autobiografía de López Zuleta es un testimonio de violencia y corrupción política, donde su compromiso con la justicia y la verdad se entrelaza con su carrera periodística y una historia personal traumática en un contexto histórico y geográfico definido. Su obra no solo refleja el lenguaje y la cultura que la rodean, sino que también construye una imagen de sí misma centrada en valores como la verdad y la justicia, que vinculan su identidad personal con su profesión y el contexto social de Colombia. López Zuleta va más allá de la representación de su vida, al abordar cuestiones sociales y culturales más amplias. Aunque se apoya en eventos verificables, es su interpretación personal la que le da significado y estructura al texto autobiográfico, a partir de una verdad subjetiva donde

predominan las sensaciones. La combinación de memoria personal y fuentes documentales no solo enriquece la narrativa, sino que también refuerza su credibilidad y honestidad.

Por eso, este texto destaca cómo las autobiografías son configuradas por la subjetividad de su narradora (p. valores, propósitos personales, recuerdos, trauma, duelo, perfil profesional, etc.), quien crea una imagen de sí y construye una identidad, a la vez que le permite dar sentido a su historia personal dentro de un complejo contexto social. Aunque el trauma y el dolor están siempre presentes en el relato de López Zuleta, el texto autobiográfico muestra su naturaleza dinámica y transformadora. La escritura actúa como un medio para dar sentido y construir identidad, y pone de manifiesto un proceso interno personal. Este proceso se hace evidente cuando la narradora manifiesta su capacidad para perdonar al asesino de su padre, si este reconociera su culpa, lo que refleja por parte de la narradora una reconciliación con el pasado. Si bien el perdón no fue una decisión activa a la que hubiera lugar, su disposición para concederlo ilustra cómo el relato autobiográfico deviene en una vía para procesar el dolor y el trauma y, para preservar el legado de su padre, contribuye así a construir un futuro más equilibrado y sanador.

Para finalizar, es importante destacar que esta obra de López Zuleta ofrece una riqueza inmensa en varios aspectos: desde su dimensión autobiográfica y su rigurosidad investigativa hasta su profundo análisis de la historia política contemporánea de Colombia y su exploración del duelo y el trauma. Sin embargo, la profundidad y complejidad de estos temas son tales que este espacio se queda corto para abarcar todo lo que esta obra tiene que ofrecer. La narrativa de López Zuleta merece una atención detallada y un análisis exhaustivo que vaya más allá de las limitaciones de este artículo. Se invita al lector a sumergirse en sus páginas para apreciar plenamente su valor y significado. ■■■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberca, M. (2013). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la ficción*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- American Psychological Association (s. f.). Trauma. Consultado el 19 de julio de 2024. <https://www.apa.org/topics/trauma>.
- Barthes, R. (1994). La muerte del autor. En R. Barthes *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura* (pp. 66-71). México: Ediciones Paidós.
- Bowlby, J. (2019). *Trauma and loss*. London: Routledge.
- Cuéllar Torres, T. (2021). Memorias de un sueño: autobiografía visual de un pasado reciente en Colombia. *Cuadernos de música, artes visuales y artes escénicas* 16(1), pp. 292-319.
- Davis González, A. (2017). Entre la realidad y la ficción: la verosimilitud en Adán Buenosayres. *Tonos Digital. Revista Electrónica de Estudios Filológicos* 33, pp. 1-20.
- De Man, P. (1991). La autobiografía como desfiguración. *Anthropos: Boletín de información y documentación* 29, pp. 113-118.
- García Hernández, A. M. (2012). *La pérdida y el duelo. Una experiencia compartida*. España: Bubok Publishing.
- Gusdorf, G. (1991). Condiciones y límites de la autobiografía. *Anthropos: Boletín de información y documentación* 29, pp. 9-18.
- Hutcheon, L. (1998). *A Poetics of Postmodernism. History, Theory, Fiction*. New York and London: Routledge.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria. Memorias de la representación*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Lejeune, P. (1989). *On autobiography*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.
- López Zuleta, D. (2021). *Lo que no borró el desierto*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Pearlman, L. A., Wortman, C. B., Feuer, C. A., Farber, C. H., & Rando, T. A. (2014). *Treating traumatic bereavement: A practitioner's guide*. New York: The Guilford Press.
- Rodríguez, F. (2000). El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 26(2), pp. 9-24.
- Silva Carreras, A. (2016). Literatura del yo: reflexiones teóricas y perspectivas de autor en el género autobiográfico. *Kánina. Revista de Artes y Letras* 40(2), pp. 149-158.
- Smith, S. and Watson, J. (2010). *Reading autobiography. A Guide for Interpreting Life Narratives*. Minneapolis: University of Minnesota Press.